

EL CATOLICO

PERIÓDICO BISEMANAL

Con aprobacion de la Autoridad eclesiástica

Precios de suscripcion	Imprenta y Administracion,	Observaciones
Menorca 0'50 Ptas al mes	Angel, núm. 10.	Para los Señores suscritores se insertarán los anuncios gratis.
Península 3'00 » semestre		
Ultramar 8'00 » al año		

Seccion Religiosa

Jueves 8. San Alberto Magno, c., y San Dionisio, ob.—I. P. para Cofrades del Cármen.

Viernes-9. La Preciosísima Sangre de Ntro. Señor Jesucristo, y Santa María Cleofé.—I. P. para cofrades del Rosario.

Sábado 10. Stos. Daniel y Ezequiel, profetas, y San Apolonio, pbro. y mr.—I. P. para Cofrades del Cármen, y Escapulario azul celeste.

Cóрте de Maria

Dia 8 se hace la visita á Nuestra Señora de los Dolores en Santa Maria.—Dia 9, á Nuestra Señora de la Soledad en San Francisco.—Dia 10 á Nuestra Señora del Pilar en el Carmen.

—Cultos—

Mañana, jueves al anocheecer, sermon en Santa Maria. Viernes, por la tarde, sermon en Sta. Maria; y al anocheer, en San Francisco. Sábado, al anocheecer, Ejercicios de la Buena Muerte en el Carmen y en la Concepcion.

LA PIEDAD EN LA FAMILIA

II

Pero ¿Dios (saltará alguien aquí) tiene derecho á reinar en la familia?

Ridícula como es la pregunta, no se extrañe principiemos con ella el artículo de hoy. Hoy es discutible todo lo que se refiere á derechos divinos. El hombre está tan pagado de su voluntad y soberanía propias, que á todas horas anda temiéndole le cercene algo de ellas un desmedido derecho atribuido á Dios. Es la manía mejor diremos, es la herejía del siglo, con nombre harto conocido para que necesitemos citarlo aquí. Antes de

entrar, pues, á examinar si debe ó no debe procurarse el reinado de Dios en la familia por medio de la piedad, procede enterarse de si tiene ó no el derecho Cristo-Dios de reinar en ella.

Pese á quien pese, y cercénele á quien se quiera su indómita libertad, diremos redondamente que sí. Primero, porque Dios es Dios y tiene todos los derechos. Luego no puede carecer de éste. Segundo, porque Dios es rey en todas partes, y no hay privilegio alguno ni inviolabilidad alguna que eximan al domicilio del hombre de esta su real jurisdiccion. Tercero, porque si es dueño del hombre y tiene derecho absoluto á reinar sobre él y sobre sus costumbres, tiene por consecuencia derecho á reinar más que en ninguna parte en el hogar doméstico, que es donde se forman los hombres, porque es de donde principalmente salen modeladas las costumbres.

De estas tres razones, las dos primeras son evidentes por sí mismas, á guisa de axiomas matemáticos, y es por tanto ociosa su demostracion. Más aún: vienen á ser indemostrables de puro verdaderas. Pasarémoslas, pues, por alto, y harémos especial incapié en la tercera, que ofrece carácter más práctico y tiene puntos de vista más en relacion con nuestra propaganda.

En efecto. Ha instituido Dios desde el principio la sociedad doméstica, para que fuera como el criadero y plantel de las humanas generaciones. Y esto no solamente en lo material y físico, sino muy especialmente en lo moral. No se unen en matrimonio la mujer y el varón para tener hijos solamente, que esto fuera rebajar la nobilísima institución conyugal á fines harto rastreros y animales. Se unen en matrimonio para tener hijos buenos; lo cual, despues de la revelacion de Cristo-Dios, equivale á decir, para tener hijos cristianos, ó sea para constituir familia cristiana. Verdad que nace de aquella otra no menos fundamental y sólida, cual es la de que los hijos se creian, no para la tierra, sino para el cielo, y la de que los padres no lo son únicamente de cuerpos, sino de cuerpos unidos á almas, y por tanto su paternidad no debe tener por único objeto que les salgan muy rollizos y muy guapos los hijos, ni siquiera muy instruidos y corteses, ni aún muy ricos ó muy ilustrados; sino el que les salgan muy aptos para el último fin á que están destinados, que es, segun el sabio catecismo «amar y servir á Dios en esta vida, para verle y gozarle en la otra.»

Nocion muy elevada es esta, para que sea accepta á las gentes del dia, que tan bajo y rastrero han logrado poner el nivel de todos sus pensamientos, incluso los que se refieren á estas tan sublimes materias. Nocion muy elevada, pero la única admisible en buena filosofía cristiana, y la única practicada por todos los siglos en que estuvo cristianamente constituida la familia. Sí, esta es la verdad, y lo demás es absurdo naturalista y mentiroso embelecó de la Revolucion.

Los padres son para dar hijos al cielo, antes que para dárselos á la tierra. No importa que hayan de pasar por la tierra antes de llegar al cielo, como que primero es pasar por los medios antes que llegar al fin, aunque lógicamente el fin se presupone á los medios. Lo cierto es que se crian, no para este mundo, porque su mision no termina aquí, sino para el otro, porque aquél es su definitivo destino.

Sentada esta verdad, despréndese de ella el carácter cristiano que ha de tener la casa, si los hijos han de ser cristianos, como que el molde debe naturalmente ser adecuado á la figura que se quiere sacar modelada de él. Síguese que la casa ha de ser camino del cielo. si en ella y por la direccion que desde ella se tome han de encaminarse sus individuos al cielo; á no ser que se diga que es lo regular dirigirse á un punto dado, tomando desde el principio un camino diametralmente opuesto al mismo. Dedúcese que en la casa ha de reinar como en todas partes Cristo-Dios, si ha de ser este el principio de su glorioso reinado sobre toda la vida del hombre criatura suya.

Más claro, y resumiendo. O Dios no tiene derecho alguno sobre el hombre, en cual caso no fuera Dios; ó Dios tiene muy especial derecho sobre la casa ó familia, como que en ella es donde debe empezar á ejercer sus principales derechos sobre el hombre.

Demasiada metafísica parecerá tal vez la presente á algunos sencillos lectores de la *Revista popular*. Llénenlo en paciencia y aguarden. Hemos puesto el principio y fundamento de todo nuestro plan: ya verán qué consecuencias tan llanas y caseras van saliendo de él en los artículos posteriores.

Conste, por de pronto, que si hay alguno que quiera poner en duda el derecho absoluto de Dios á reinar en la sociedad doméstica, como hoy desdichadamente se proclama que no lo tiene para reinar en la sociedad civil, quien tal diga, no hace más que sentar un barbarismo liberal de la peor especie, tan opuesto á la Religión como á la sana filosofía y al sentido comun.

Más claro lo iremos todavía desarrollando en el próximo artículo.

F. S. y S.

(De la *Revista Popular*.)

El Martillo de San José

Contemplando yo cierto dia, mientras rezaba unas oracioncillas, á una bendita imágen de S. José, en ademan de dar golpes sobre un trozo de madera, sentí que me tiraban de la capa y volví la cabeza.

Una sonrisa impertinente dibujada en una cara más impertinente aún, quiso demostrarme que aquello era un saludo.

El que me saludaba era mi amigo don Eusebio Pamplinas, distinguido profesor de la escuela de artes y oficios, y una de las personas más ilustradas, al uso del dia, y, (dicho sea de paso, más cargantes) que yo he conocido.

Adviértase que llamo ilustracion al uso del dia, la que hoy nos ha enseñado ya todas las ciencias, ménos la de servir á Dios.

—Muy buenos D. Eusebio le dije algo seriecillo para evitar la conversacion; y volviéndome otra vez hacia el altar, traté de continuar mis padrenuestrós.

Pero, que si quieres, el señor Pamplinas estaba allí para no dejarme.

Quieras que nó, arremetióme acto continuo con la docena y media de cumplimientos que jamás se caen de la boca á las personas de la *buena sociedad*, que por nada del mundo faltarian á las *buenas formas*, (sobre todo las *buenas formas*); y calándose enseguida los quevedos, dirigiólos al Santo, de la misma manera curiosa é impertinente que hubiera podido dirigirlos á un mono colocado en las estanterías de un gabinete de historia natural.

—Vaya usted á ver, dijo el señor Pamplinas, despues de mirar un rato; lo que son las preocupaciones humanas, ¿qué habrá hecho este bendito Santo para atraerse tanto las miradas de todo el mundo?

Oir aquello y volverme como un repullo fué todo una cosa.

—¿Se burla usted, señor D. Eusebio! exclamé echándole entónces mis quevedos de la misma manera que el se los habia echado al Santo, pero con más razon; porque siendo él transformista furibundo (1) siempre me pareció un mono perfeccionado. ¿Es posible que siendo usted una persona tan ilustrada en artes y oficios, ignore aún el motivo que tiene el mundo para adorar al gran obrero de Nazareth?

—A lo ménos no me la explico, contestó sonriéndose el Señor Pamplinas.

—Pues es sencillísima, amigo mio; le repliqué con calma. El mundo adora y admira á este bendito obrero porque fué el maestro más hábil de la tierra en el arte de dar golpes.

Cuando el señor Pamplinas oyó mi respuesta, primero abrió la boca en son

(1) Llámense transformistas los filósofos que dicen descendemos del mono. Si se refieren á ellos mismos tal vez tengan razon.

de admiracion, despues arrugó la nariz en son de extrañeza y por último viendo que yo continuaba muy serio, soltó el trapo con una tan estrepitosa carcajada, que sabe Dios los desperfectos que hubiese causado en su chaleco si no hubiera venido yo á cortarla con un buen sa- blazo asestado en medio de su majade- ría.

—No se ria tanto, dije, señor profesor de artes... *liberales*, más diestro segun veo, en la de reir á lo Sancho Panza que en la de discurrir á lo Ingenioso Hi- dalgo. No ria tanto y contésteme á esta pregunta: ¿qué asignaturas enseña usted en sus cátedras á los jóvenes artesanos que aspiran á perfeccionarse en los ofi- cios y en las industrias?

—Les enseñó; contestó D. Eusebio al- go más grave, lo que deben saber para llegar á ser artesanos ilustrados, aritmé- tica, álgebra, geometría trigonometría, física, química, dibujo lineal, contabili- dad.....

—Basta, basta. ¿Y no les enseña usted más?

—¿Pues qué más quiere usted que les enseñe?

—Lo que les hubiere enseñado S. José si hubiese estado en lugar de usted; á dar cada uno los golpes de su oficio con arreglo á la ciencia más necesaria de to- das, la de la buena intencion.

—Ta, ta, ta, exclamó el señor Pampli- nas, oyendo aquella salida, que en las cumbres de su vanidad científica sonaba á pura tontería. ¿Qué tiene por ver el tra- bajo con la buena intencion? no lo com- prendo.

—Ese es el mal: que ustedes los que se llaman sabios no comprendan cosas tan claras....

—Pero señor mio...

—Que no hayan comprendido para que el hombre obrero obligado á golpear en este valle de lágrimas, consiga que sus golpes no se malogren, necesita darlos co- mo Dios manda.

—¿Cómo?

—Por lo derecho, en regla, con la vis- ta fija en el cielo; en una palabra, con sugesion á la ciencia cristiana, la cual enseña que Dios ordenó el trabajo para vivir, la vida para perfeccionarse y la perfeccion para alcanzar aquel último fin, único capaz de llenar las aspiracio- nes de nuestra alma. Si, amigo mio, he ahí la ciencia que llegó á poseer ese car- pintero que vé Vd. en ese altar, y hé ahí por qué el mundo le admira. Fué un sabio maestro que sin desplegar los la- bios y sólo dando golpes humildemente con los ojos bajos y quizás llenos de lá- grimas derramadas á impulsos de pro- fundísimos dolores, enseñó á la huma- nidad el secreto de resolver todos esos problemas que tanto afectan hoy á la fa- milia y á la sociedad.

—Bien, bien, dijo el señor Pamplinas observando que la cosa se ponía seria é iba más á fondo de lo que él creía. No niego que el maestro de que usted habla enseñase á sus discípulos á resolver los problemas de allá del otro mundo, pero en cuanto á los de este, francamente, no comprendo como viniera á resolverlos.

—Pues es fácil de comprender. Díga- me usted, querido, ¿cuáles son hoy los más pavorosos problemas de la sociedad?

—Los del hambre.

—Convenido. *Hace hambre*, como de- cía cierto pobrecillo tejedor arruinado por la *gran industria*, á quien conocí en el último grado de tísis estomacal,

enfermedad altamente extendida desde que todos trabajamos *por matemáticas* y nadie por amor de Dios. *Hace hambre*, y ahora sigo preguntando ¿cree usted, que esa hambre es de pan solo?

—Diré á usted...

—No tiene usted nada que decirme; si lo duda, vaya á Londres, y cuando se arme otro jaleo como el que se armó dias pasados, en el que cincuenta mil obreros ahullando como fieras se arrojaron sobre uno de los barrios más ricos de aquella gran ciudad, emporio de la *civilización, industria y adelantos*; cuando se arme, digo, otra por el estilo, (que no tardará,) póngase usted delante de las turbas y alárgueles algunos rollos, á ver si se calman; probablemente en vez de comerse los rollos se le comerán á usted.

—Si reconozco que el proletariado aspira á algo más que á comer.

—Claro está, señor Pamplinas; aspira á enriquecerse, á gozar, á tomar parte en ese banquete, mejor dicho, en esa orgía en que ustedes, los hombres del **trabajo sin Dios**, han querido convertir la vida humana. Han oido á ustedes decir que el tiempo es oro, que el trabajo es oro, nunca que es virtud, y han dicho ¡hola! ¿con que ya no hay nada de aquello que se decia ántes? ¿con que el trabajo no es para servir á Dios sino para gozar y hacerse rico? ¿con que no es un medio de alcanzar el cielo sino de disfrutar la tierra? ¡Ah torpes de nosotros que creyendo lo contrario dirigíamos nuestros golpes hácia arriba en vez de dirigirlos hácia abajo! basta, basta, desde hoy trabajaremos como vosotros, ¡para gozar para enriquecernos! Pero es el caso que con vuestras *matemáticas* os habeis llevado todo el oro, y con vuestra *mecánica*

habeis monopolizado el trabajo. Eso no es justo, puesto que ya no hay cielo, venga oro: el oro ó la muerte.

Cuando acabé de hablar, miré á Don Eusebio y ví que se rascaba la calva.

—Si señor, dijo no sabiendo por donde salir, no niego que hay misterios....

—No, señor Pamplinas, lo que hay no son misterios sino mentiras. Las mentiras del liberalismo anticristiano que despues de trastornar todos los fundamentos de la sociedad ha trastornado tambien los del trabajo.

Vea V. sino la historia:

Miéntras ricos y pobres trabajaron por servir Dios, ni el rico tuvo codicia de acaparar, ni el pobre pensó en tenerle envidia.

El evangelio decia al primero; eres el depositario de tu riqueza ¡ay de tí! si no la aplicas santamente. Y decia al segundo; eres el administrador de tu inteligencia ¡ay de tí! si no la empleas como es debido.

Y como uno y otro tenían fe, ante la necesidad de cumplir la divina ley, acallaban sus pasiones y se auxiliaban mutuamente, buscando en el trabajo, no la realizacion de sueños ambiciosos, sino la satisfacion de necesidades verdaderas.

Cierto que entónces no existían esas grandes industrias que hoy admira el mundo, pero tampoco existían esos grandes monopólios y esas centralizaciones de trabajo que hoy le comprometen.

No había tanta riqueza, pero andaba mejor repartida; pues miéntras arriba abundaba la caridad, contrapeso de la codicia, abajo abundaba la fe aguijon de la laboriosidad.

¡Armonía feliz que solo pudieron odiar los ambiciosos y los malvados!

Y la odiaron.

—Hijos del pueblo, dijeron los nuevos apóstoles tomando el pomposo nombre de *libre-pensadores*, no es cierto que el hombre trabaje para servir á Dios; eso es una anticualla, el hombre debe trabajar para enriquecerse, para gozar y para convertir este mundo por medio de *la ciencia* en un verdadero paraíso. Ayudadnos á la obra.

Y el pueblo creyó la patraña y ayudó á construir el paraíso nuevo.

Mas ¡ay! que en ese paraíso no debía entrar él.

El ángel de la codicia colocado en la puerta, le dijo: ¡atrás pobre Adán desnudo! aquí no entran más que los hijos de la fortuna.

Y el pueblo infeliz se quedó á la puerta; y desde entonces empezó á ver como poco á poco, siguiendo la ley de la ambición humana, el oro buscó al oro como los ríos al mar.

En vano clamó entonces al ver arruinarse sus pequeñas industrias absorbidas por las grandes; en vano se declaró en huelga para resistir al descenso de los jornales efecto inmediato de la competencia; en vano pidió trabajo al ver comprometido hasta su pan de cada día; nadie le oyó!

El ruido de la civilización sin Dios, no ha dejado nunca oír la voz de los miserables.

Mas he aquí que esos miserables, excitados por otros apóstoles, se levantan hoy pidiendo venganza. ¿Oye usted, señor Pamplinas? ¿oye usted los gritos de la...

—¡Dinero! ¡dinero! ¡queremos dinero! ¡viva Luisa! gritaron en aquel momento un millón de voces espantosas invadiendo de repente la iglesia por todas partes.

—¡¡La revolución!! ¡¡Luisa Michel!! exclamó el señor Pamplinas más blanco que la cera ¡Estamos perdidos!

Y no sabiendo donde esconderse, corrió como una rata á meterse bajo del altar del santo, gritando: ¡ay santo mio, sálvame de esta y te ofrezco abrir una cátedra de doctrina cristiana!

Yo volví la cabeza y corrí apresuradamente hácia la puerta para enterarme de lo que era aquello. Mas he aquí, que en aquel momento me veo venir al sacristan de la parroquia con una caña en la mano y hecho un energúmeno, corriendo tras un centenar de muchachos.

—¡Pícaros! habrase visto tunantería! ¿Pues no se han empeñado estos galopines en que la *señá* Luisa la estanquera les dé hasta los cuartos de la saca, porque ha venido á bautizar á su sobrino? ¡Señor! ¡Señor! ¡y como se pone el mundo!

—¡Toma, toma, que es un bautizo! dije yo echándome á reír. ¡Señor Pamplinas! exclamé corriendo hácia el altar, salga usted, hombre, salga usted. Si no es Luisa Michel, si es la estanquera de la esquina que viene á hacer un cristiano.

—¡Ay Dios mio, gracias! exclamó el señor Pamplinas saliendo del escondite, lleno de telarañas. Verdaderamente que lo que hace falta para vivir en paz es que haya más cristianos en el mundo. Pero por mi parte, le digo á usted que no quedará, pues cumpliendo lo que he prometido, desde hoy abro en mi colegio de artesanos una cátedra de religión y moral.

Efectivamente, el señor Pamplinas cumplió su palabra y desde aquel día, al par que matemáticas, enseñó á sus discípulos el arte de servir á Dios.

Por lo visto, mientras estaba escondido, el maestro carpintero de Nazaret le habia dado algun golpe.

A. C. y G.

Seccion Local y de Noticias

La cuestacion, que á favor de los pobres que ampara la Beneficencia Domiciliaria se verificó el domingo por la tarde en las parroquias de esta ciudad, produjo:

En la Parroquia de Santa María	32'13 Ptas.
En la del Cármen	7'50 »
En la de San Francisco	19'10 »
<hr/>	
Total.	58'73 »

Por encargo de esta Asociacion, y en agradecimiento de las repetidas y considerables limosnas que del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Mateo Jaume y Garau tiene recibidas, á las nueve de mañana, y en la parroquia de Santa María, se cantarán solemnes exequias en sufragio del que fué último Obispo de Mallorca. Al efecto ayer se circuló una invitacion á los señores que componen la Junta de dicha Asociacion.

A las seis de esta tarde ha salido para Palma, punto de su residencia, el Rdo. P. D. Antonio Bayó.

Deseámosle un próspero y feliz viaje.

Copiamos de la «Revista popular:» «Háblase mucho estos dias de un hecho verdaderamente extraordinario, de la curacion completa é instantánea de sor Encarnacion, religiosa del monasterio de Capuchinas de Madrid,

llamada en el siglo D.^a Angela Vegas, acaecida en la mañana del 22 de Febrero, y comprobada con el testimonio unanime de la venerable Comunidad de monjas Capuchinas, de la familia de la paciente y del médico que la asistia.

Segun parece el dia 6 de Setiembre de 1884 ingresó en el monasterio de las Capuchinas de la Côte, en clase de novicia, una jóven de 22 años de edad, llamada D.^a Angela Vegas.

Pocos dias despues de haberse despedido del mundo se sintió enferma, y su dolencia fué inspirando serios temores al Dr. Vegas, tio carnal de la paciente y encargado á su vez de la enfermería del monasterio.

A los dos meses el referido doctor tuvo consulta con otros dos profesores, conviniendo todos que el estado de sor Encarnacion era grave, diagnosticando la dolencia de tisis pulmonar.

Los continuos y abundantes vómitos de sangre que se presentaron, iban minando su vida.

Sus compañeras de claustro apenas la dejaban un momenno sola y animaban su abatido espíritu con fervorosas oraciones, que la enferma repetia dirigiendo la vista á la imágen de san José, colocada en aquella triste mansion.

El 21 de Febrero último, víspera del dia en que la Comunidad se preparaba para comulgar, la enferma sor Encarnacion se agravó de tal modo, que el doctor D. Manuel Vegas encargó á las religiosas encomendaran su alma á Dios.

En la madrugada del siguiente dia, 22, sor Encarnacion tuvo momentos en los cuales las religiosas creyeron habia fallecido.

Poco despues de las seis toda la Comu-

nidad bajó á recibtr la sagrada Forma, incluso la enfermera, que á fin de cumplir con este precepto, dejó unos momentos sola á sor Encarnacion.

Cuando la asistenta penetró en la enfermería, la paciente, sentada en el lecho, exclamaba: «Avisé á las demás hermanas; ya estoy buena; san José me ha curado. ¡Yo quiero comulgar!»

La enfermera comenzó á dar voces y las monjas, al ver y escuchar á sor Encarnacion, la abrazaron, y llenas de admiracion y de fervor comenzaron á elevar sus preces al Altísimo

«Me quiero levantar,» repetia la poco antes espirante religiosa.

Avisado el doctor, acudió precipitadamente, é invitó á sor Encarnacion á que diera algunos paseos por la estancia, lo cual efectuó aquella sin el menor inconveniente.

No contento con esto, hizo que subiese y bajase las escaleras del convento, lo cual practicó sor Encarnacion sin cansarse lo más mínimo

Dícese que plenamente convencido el doctor de que era realidad la completa curacion de su sobrina, comenzó á exclamar: «¡Milagro! ¡milagro!» y paseó diferentes veces en sus brazos la afigie de san José.

La religiosa sor Encarnacion oyó Misa á las diez de aquella misma mañana, y al siguiente dia recibió la Comunión en completo estado de salud, como hoy se encuentra.»

El célebre maestro Goula está escribiendo para grande orquesta una notable meditacion sobre las Siete palabras que dijo el Señor en la cruz.

Fábregues y Orfila, impresores —Angel, 10 Mahon.

ANUNCIOS

PARA ALQUILAR

lo está una casa, con ó sin muebles, en la calle del Castillo, n.º 34.
Informarán en la calle Cos de Gracia, n.º 26.

EN LA

Librería de Antonio Síntes

Calle de Deyá, número 4,

se acaba de recibir un gran surtido de Devocionarios desde 1 peseta hasta 50, plumeros de 1'25 á 3 pesetas, sacos de mano y maletas de 1'25 á 30 pesetas, limosneros de 5 pesetas hasta 10 para señoras.

Además se sirven suscripciones á obras completas pagando por plazos.